

"cántabro-pirenaicos" aquellos elementos que, aun encontrándose en el vascuence, tienen correspondencias también en el resto de la zona atribuida al "ligur" o pirenaico-alpina.

Para los que sostienen que el vascuence es una lengua "cántabro-pirenaica" preindoeuropea, relacionada con las lenguas caucásicas, son, sobre todo, ibéricos aquellos elementos que no tienen correspondencia en el vascuence y, al contrario, son "vasquismos" los elementos que tienen tal correspondencia, aun admitiéndose que entre éstos podría haber empréstitos vascos del ibérico, sobre todo si se trata de elementos que tienen correspondencias nordafricanas. Pero aun entre éstos últimos podría haber puros vasquismos, puesto que las correspondencias nordafricanas podrían deberse al parentesco que, a pesar de todo, el vascuence tendría con el camítico, a través del ibérico.

Más difícil todavía resulta la repartición de los elementos de substrato si se admite la tesis conciliadora según la cual el vascuence sería una lengua originalmente cántabro-pirenaica ("caucásica") pero más o menos profundamente camitizada (iberizada). Los que sostienen esta tesis subrayan que el vascuence es una lengua sumamente mixta: tendría un fondo de tipo caucásico enriquecido y modificado por un superstrato ibérico, luego por otro superstrato indoeuropeo o indoeuropeizado ("ligur" o "ambro-ilírico"), por influjos célticos y, finalmente, por numerosos y profundos influjos latinos y romances. Según esta tesis, en español habría cierto número de auténticos vasquismos (del fondo primitivo del vasco) y luego un número mayor de vasquismos recientes (pero, éstos, más bien de "adstrato" que de "substrato"); por otra parte, independientemente de si se encuentran o no en el vascuence, no serían vasquismos sino elementos ligures los que tienen correspondencias en la llamada zona ligur y serían iberismos los

que tienen correspondencias nordafricanas: en el vascuence tales elementos serían préstamos de "superstrato" y "adstrato", así como para el latín de Hispania deberían ser préstamos de "substrato". El ibérico, pues, habría cedido elementos, por un lado, al vascuence y, por otro lado, al latín de Hispania, y esos elementos pueden a menudo coincidir.

Cualquiera sea la tesis que se admita, son evidentes e importantes las relaciones y correspondencias entre el vascuence y el ibérico. En efecto, topónimos explicables por el vascuence se encuentran allende los límites del territorio propiamente vasco, en toda la zona atribuida a los antiguos iberos, es decir, en gran parte de España (faltan sólo en el Sur y en el Suroeste de la Península); por las inscripciones ibéricas se comprueba que también el ibérico, como el vascuence, carecía de f y r iniciales; se comprueba, además, una notable comunidad de sufijos y prefijos (cf. Schuchardt, "Die ib. Deklination") y numerosas correspondencias lexicales (Schuchardt ha logrado reunir una serie de 105 importantes isoglosas lexicales entre el vascuence y varios idiomas del Norte de África, entre ellas verbos tan fundamentales como "ir" y adjetivos como "buenc", "frío", "grande"). Naturalmente, podría tratarse de préstamos y de influjos del ibérico sobre el vascuence, pero, de cualquier manera, se trataría de un influjo muy profundo.

Las dificultades que se presentan al querer separar el vascuence del ibérico, como al querer relacionarlos, son numerosas y serias, tanto por el lado del vascuence como por el lado del ibérico.

En primer lugar, la evolución interna del vascuence nos es casi totalmente desconocida: nada o muy poco sabe-

mos acerca de esa lengua por lo que concierne a la época anterior a los primeros documentos escritos, y éstos son más bien recientes. En efecto, durante muchos siglos el vascuence no tuvo literatura escrita. Apenas en el siglo X aparecen algunas palabras y frases aisladas, en glosas, y hasta el siglo XVI - en el cual se publican los poemas de Dechepare (1545) y la traducción del Nuevo Testamento de Leizarraga (1571) - no tenemos prácticamente textos extensos. En esos documentos, el vascuence aparece en un estado muy semejante, casi idéntico, a lo que es en la actualidad, pero es evidente que puede haber evolucionado mucho en los siglos anteriores: J. Oliver Asín, que en su Historia de la lengua española afirma la identidad entre el vascuence e ibérico, piensa que el vascuence debe haber evolucionado, con respecto al ibérico, tanto o más que las lenguas románicas con respecto al latín y, justamente, a tal evolución atribuye las discrepancias entre el vascuence e ibérico. Hay que tener en cuenta, además, que el vascuence es una lengua profundamente romanizada: entre las lenguas no-románicas es, quizá, la más latinizada, más que el albanés y, en cierto sentido (es decir, con respecto a la importancia y frecuencia y no simplemente al número de sus elementos latinos), también más que el inglés. Más de la mitad de su léxico (casi todas las palabras que se refieren a cultura, religión, administración, pensamiento, costumbres, particularmente cristianas, y también muchos vocablos de los más corrientes, hasta de civilización elemental) es de origen latino o romance: el vascuence emplea corrientemente más elementos latinos que cualquier otra lengua no-romance, lo cual da a su vocabulario un aspecto extrañamente románico y, al mismo tiempo, significa que ese idioma debe haber perdido muchos de sus elementos primitivos (¿ibéricos?), sustituyéndolos con elementos latinos y neolatinos; cf. G. Rohlfs - "Baskische Kultur im Spiegel des lateinischen Lehnwortes", en Voretzsch-Festschrift, Halle,

1927.

He aquí algunos de sus latinismos y romanismos más corrientes, muchos de ellos identificables como tales a primera vista, a pesar de ciertas notables modificaciones semánticas: abere-animal (◀ habere), tipula-cebolla, errota-molino (◀ rota), pake o bake (◀ pacem; obsérvese la conservación de la velar latina), errege-rey (◀ regem: n. la conservación de la velar), atxeter-médico (◀ archia-ter), miriku-médico (◀ medicus), pesta o besta-fiesta (n. b. f inicial > p, b), liburu-libro (nota la solución del grupo consonántico br), gurutz-cruz, abendu-diciembre (◀ ad-ventus), iru-hilo (◀ filum, n. la caída de f inicial y el rotacismo de l intervocálica), iko-higo (◀ ficum), bago-haya (◀ fagum), gatzelu-castillo (◀ castellum), gerezi-cereza (◀ cerasia), eliza-iglesia (◀ ecclesia), seme-hijo (◀ semen, semilla), asto-asno (◀ asinum), izpatha-espada, boronde-frente (◀ frontem), aldare-altar, gorputz-cuerpo (◀ corpus), lege-ley (◀ legem), aphezpiku-obispo (◀ episcopus; n. la conservación de las sordas intervocálicas), escola-escuela, ahate-pato (◀ anatem), zamari-caballo (◀ sagmarium), zentsu-sentido (◀ sensus), borondate-voluntad (◀ voluntatem), gauza-cosa (◀ causa), arima-alma (◀ anima), zeru-cielo (◀ caelum), opus-esfuerzo físico (◀ opus), antzar-ganso (◀ anserem), asturu-dicha (◀ astrum), etc. v. W. J. Entwistle, "The Spanish Language", p. 19.

En cambio, los celtismos del vascuence, a pesar de su probable convivencia y de sus indudables contactos con el céltico, son muy pocos y discutibles. Se citan como celtismos: andre-muchacha, joven mujer; aita-padre (h)artz-oso, izoki-salmón, ekarri-traer (cf. lat. carrus, carricare). También podría deberse a influjo céltico el empleo del sistema vigesimal en los numerales: cf. 20-ogei, 40-berrogei ("dos" + "veinte").

Otra dificultad muy notable la ofrece el mismo sistema gramatical del vascuence, y particularmente su verbo, sumamente anómalo y en el cual resulta extremadamente arduo discernir una sistematicidad o regularidad cualquiera. Humboldt distinguió no menos de 216 tipos de conjugaciones y Schuchardt reunió más de 50 mil formas verbales sin llegar a una solución verdaderamente satisfactoria.

Lo que caracteriza el verbo vasco es su índole semánticamente pasiva y formalmente "incorporante" (hay incorporación de varios pronombres complementos). Así, por ejemplo, una forma como dut, que se traduce "yo tengo", significa en realidad, desde el punto de vista del sistema vasco, algo como "ello es tenido por mí" o, mejor, "a ello se (lo) tiene por mí", pues se puede analizar como unión de: d- "a ello" (compl. directo), -u- semantema verbal: "ser tenido", -t- "por mí" (forma de complemento de agente del pronombre de 1.ª persona). Además de esos elementos, puede incorporarse también el receptor (en dativo; por ej. "para ti"); de esta manera, una forma verbal puede resultar constituida de: agente, paciente, semantema verbal y receptor. Del mismo modo, mientras en las lenguas indoeuropeas el sujeto de los verbos intransitivos, como dormir, corresponde al agente (sujeto) de los verbos transitivos (yo duermo y yo leo un libro), en vasco el sujeto "lógico" corresponde formalmente al paciente (compl. directo): una forma como doa- "él va" significa en realidad algo como "a él se le va". Una idea sólo aproximada de lo que es el verbo vasco pueden darlas formas como esp. me duele, lat. me pudet, me paenitet (con el sujeto "lógico" en acusativo). Hay, pues, en vascuence una sola voz verbal, con sentido pasivo (en el presente) y en la que el sujeto "lógico" es formalmente paciente, lo cual podría resultar relativamente sencillo si no se incorporaran las demás personas que pueden intervenir en una acción verbal; pero hay que tener en

cuenta que conceptos que se expresan en una lengua como el español mediante varios vocablos y desinencias, en una expresión compleja como: lo tiene-s para él, se expresa en vasco mediante elementos íntimamente aglutinados en una única palabra con el semantema verbal.

Así, por ej., mientras la 3a. persona de un verbo intransitivo se expresa mediante una forma única, no habiendo agente (cf. doa- 'él va'), la misma persona de un verbo transitivo se expresa de seis maneras diferentes, según los seis agentes que pueden intervenir en la acción (correspondientes a las seis personas):

dut - ello es tenido por mí
duk - ello es tenido por ti
du - ello es tenido por él
dugu- ello es tenido por nosotros
duzu- ello es tenido por vosotros
dute- ello es tenido por ellos.

En tales formas el paciente es siempre el mismo. Pero, evidentemente, el paciente puede cambiar:

nut - yo soy tenido por mí
nuk - yo soy tenido por ti
nu - yo soy tenido por él, etc.

(Los prefijos de paciente son: n-, [h], d-, g-, z-, d-; los sufijos de agente: -t, -k, -,gu, -zu, -[te]). Es decir que, para seis agentes y seis pacientes (correspondientes, éstos también, a las seis personas) tendremos 6x6 = 36 formas verbales; e, incluyendo también a los seis receptores, tendremos 36x6 = 216 formas verbales teóricamente posibles para todo presente de un verbo transitivo. Además, para mayor complicación, intervienen modificaciones de las vocales en hiato, inserciones de vocales y elisiones de consonantes, que vuelven muchas formas verbales irreconoci-

bles, desligándolas de todo paradigma regular posible; así, de un verbo como enki-'tener', hay formas como: dot, jon, dabe, dit'ue, etc. Y hay que añadir que, mientras la conjugación del presente es pasiva, la del pretérito imperfecto es activa y que para indicar los modos y la índole de la acción hay otros sufijos y prefijos que se combinan con los de complementos (negativo: es-, cf. da- "es", ezta- "no es"; hipotético: ba-; potencial: -ke, etc.), lo cual complica más todavía los paradigmas verbales.

Con respecto al verbo, el sistema nominal del vascuence aparece relativamente sencillo. En principio el nombre no cambia y se declina mediante sufijos, distinguiéndose varios casos: paciente (compl. directo), agente, receptor (compl. indirecto), sociativo (compl. de compañía), posesivo, adjetival, locativo (locus ubi), aditivo (locus quo), abitivo (locus unde), partitivo. En la traducción el paciente aparece como nominativo, pero desde el punto de vista del vasco es acusativo, caso inerte; el agente corresponde por la función a nuestro nominativo, pero es un ergativo; el receptor corresponde al dativo.

El plural se forma con el sufijo -k o con el infijo -eta- (lat. -etus (sufijo de colectivo para árboles, cf. fagetum > esp. hayedo). La determinación se hace mediante el sufijo -a, que vale, pues, como artículo determinativo y que, como en español, puede acompañar el posesivo y el relativo: cf. gure- "nuestro", gurea- "el nuestro"; zauden- "que estás", zaudena- "el que estás". El adjetivo no se declina.

Los pronombres personales son: ni, hi, -, gu, zu, -, y los adjetivos y pronombres posesivos se forman de éstos, agregándoles el sufijo -re (cf. gu- "nosotros", gure- "nuestro"). Para la 3a. persona se emplean los demostrativos, en los cuales, como en español, se distinguen tres grados de distancia o de situación con respecto al hablante: on- "éste",

ori-"ése", ar-"aquél".

Hay algunos adverbios propiamente dichos, pero en general a nuestros adverbios corresponden nombres en locativo. A nuestras conjunciones corresponden normalmente en vascuence prefijos y sufijos verbales. (Por todo lo que concierne a la caracterización gramatical del vascuence, v. W.J. Entwistle, ob. cit., pp. 20-25).

Lo dicho alcanza para indicar la dificultad del sistema vascuence y para señalar que se trata de un sistema profundamente distinto de los sistemas indoeuropeos y, al mismo tiempo, muy complejo y anómalo (quizás justamente por tratarse de una lengua mixta).

Una dificultad más es dada por la notable diversidad de los varios dialectos vascos. Es verdad que los vascos tienen la conciencia de su unidad étnica y definen esa unidad por la lengua (su nombre nacional, Euskalerri, significa "la gente [herri] que habla Euskera" [vascuence]), pero es también un hecho que los varios dialectos vascos (vizcaíno, guipuzcoano, alto y bajo navarrés, laburdino, suletino, con unos veinticinco subdialectos) resultan mutuamente incomprensibles. No existe una lengua vascuence común y la joven literatura vasca no ha logrado hasta ahora crearse una lengua literaria unitaria.

Dificultades todavía mayores se nos presentan por el lado del ibérico. En primer lugar, porque se trata de una lengua insuficientemente documentada e imperfectamente descifrada: en efecto, se trata de descifrarlo mediante el vascuence y ni siquiera tenemos la seguridad de que el vascuence sea efectivamente ibérico.

Las inscripciones consideradas ibéricas (reunidas por E. Hübner-"Monumenta Linguae Ibericae", Berlín, 1893) son generalmente breves (sobre todo monedas) y por lo que con-

ciernes^a los textos más extensos, como los plomos de Alcoy y de Castellón, no se ha llegado hasta ahora a un desciframiento íntegro y satisfactorio: no sólo se han propuesto varias interpretaciones divergentes, sino que no hay acuerdo entre los estudiosos ni siquiera por lo que concierne a la lectura de las inscripciones.

Otras fuentes para el conocimiento del ibérico son: las inscripciones latinas de Iberia (en las cuales se encuentra a veces alguna palabra local); las informaciones que nos proporcionan algunos autores antiguos, particularmente historiadores y geógrafos (los grandes escritores de Hispania nos dan apenas alguna información tangencial: Marcial indica sólo que las palabras ibéricas resultaban impronunciables para los romanos y Séneca sólo nos dice una vez que en Córcega oyó una lengua parecida a la de los Cántabros); el patrimonio considerado "prelatino" de los romances hispánicos y del gascón (por lo que a éste concierne, cf. Luchaire, "Les Origines linguistiques de l'Aquitaine", Pau, 1877), y la toponimia hispánica "prerromana". Pero por lo que concierne a los elementos aislados de esas fuentes no tenemos ninguna seguridad de que se trate de elementos ibéricos.

En realidad, tal seguridad no la tenemos ni siquiera por lo que atañe a las inscripciones llamadas "ibéricas", que, además de haberse descifrado sólo limitadamente, parecen pertenecer a más de una lengua. Hasta en los nombres que en ellas se encuentran se comprueba una mezcla lingüística: así el nombre Indíbilis o Andobales parece compuesto de elementos célticos e ibéricos y Mandonio parece un derivado "ilirio-celta" (quizás relacionado con la palabra mando, que se encuentra en vascuence con el significado de "mulo"); y el mismo nombre ^{de la} población, indicada como "ibérica", de los Vascones (barscunes, bascunes), nombre continuado por el de

Vascos, ha sido explicado como indoeuropeo (céltico o pre-céltico): significaría "los montañeses, los de las alturas" y, con sentido figurado, "los orgullosos, los altivos"; cf. R. Lapesa, Ob. cit. p. 19.

Las concordancias entre ibérico y vascuence, comprobadas en las inscripciones, parecen notables, por lo menos a primera vista. Encontramos en ellas, por ej. en el Plomo de Alcoy, ausencia de f y r iniciales (cf. vasc. iku-"higo", errege-"rey") y de s inicial impura, como en vascuence; carencia de grupos consonánticos (cf. la solución vasca gurutz del lat. crucem); palabras que coinciden con palabras vascas (iri-ciudad, gara-altura, ildu-surco, kide-compañero: los significados son los que esos vocablos tienen en vascuence); prefijos (i-, b-, ba-, da-) y sufijos (-la, -ra, -k, -ik, -n, -i) que se encuentran también en vascuence (cf. las concordancias señaladas por Schuchardt en la declinación). Pero la exactitud de tales concordancias no ha sido confirmada hasta la fecha por una traducción de los textos elaborada sobre la base de las mismas.

Por otro lado, de las palabras indicadas como peculiares de Hispania por los antiguos, algunas son seguramente célticas, otras son probablemente célticas y otras quizás puedan explicarse por el mismo latín (como ha sostenido recientemente Harri Meier) y sólo unas pocas pueden ser interpretadas por el vascuence.

Talvez algo más pueda deducirse de la toponimia. En efecto, como ya señalamos, topónimos de tipo vasco o explicables por el vascuence se encuentran muy allende los límites de la zona vasca.

Encontramos, en primer lugar, topónimos derivados con sufijos que tienen correspondencia en vascuence. Así, por ej. nombres derivados con el sufijo -toi o -doi (vasc. "sitio de"),

como Alastuey (Huesca) - cf. vasc. latstoi - "sitio de arroyos" o Araduey < Aratoi (vasc. aratoi - "sitio de llanuras"), nombre de un río de León que actualmente se llama Valderaduey y que corre por Valladolid y por una región que, efectivamente, se llama "Tierra de campos" (nombre que parece una traducción de aratoi). U otros nombres derivados con el sufijo -oi (quizás una variante del precedente), que encontramos sobre todo en el Norte de Aragón y Cataluña: Allué, Bentué, Binué, Larrué, Ardanuy, Jenuy, Senuy, Beranuy, Azanuy, etc. Otro sufijo muy frecuente en topónimos que se encuentran por toda la Península, es -enus, -ena, -en (Caracena, Borbén, Teleno, Navaleno, Mairena, Lucena, Purchena, Lucainena, Cairén, Bairén, Requena, Leciñena, Mallén, etc.), que es todavía vital en vascuence (-ena) para formar posesivos (Michelena, Simonena, Errandoena - "de Migel", "de Simón", "de Fernando") o apelativos (Ibarrena < ibar - 'valle'); hay que notar, sin embargo, que el mismo sufijo se encuentra también en etrusco y en todo el Mediterráneo, hasta el Asia Menor, cf. Lapesa, Ob. cit. pp. 24-25.

También se relacionan con el vascuence los sufijos -accu, -eccu, -occu (> ueque; cf. el sufijo abundancial vasc. -oki), que encontramos en Novellaco, Lumplaque, Jadraque, Pinseque, Alpanseque, Mazueco, Barrueco, Aranzueque, Trijueque, Jirueque, topónimos del Norte, del Centro y del Oeste de España (pero se les atribuye también origen distinto).

Hay luego una serie numerosísima de topónimos que contienen palabras vascas, como: iri-ciudad, villa; eña, etxe-casa, berri-nuevo, gorri-rojo, ara-llanura, aran-valle, otz-frío, aranz-espino, muño-otero, colina.

Contiene iri: Iria Flavia, antigua ciudad romana de Galicia (hoy Padrón).

Contienen iri y berri: Iliberris o Illiberis (< Iriberri-

vasc. "ciudad nueva"), antiguo nombre de Granada, modificado luego en Elvira, por etimología popular; y Eliberris, antiguo nombre de Auch (< Augusta Ausciorum).

Contienen berri: Alcubierre (Zaragoza), Benaberre, (Huesca), Isabbarri (Lérida), Lumbierre, Esterri, Algerri (Cataluña), Montiberri (nombre híbrido latino-vasco).

Contienen gorri: Ligüerre, Lascuarre (vasc. lats ~~gorri~~ 'arroyo rojo').

Contienen eša: Javier, Javierre (< ešaberri-'casa nueva'), Egea (Huesca y Zaragoza).

Contienen ara: Ara (Huesca), Aramil (Oviedo), Arage-me (Cáceres), Araya (Cáceres, hidrónimo), Arahal (Sevilla), Arañuel (Castellón).

Contienen ara y otz (vasc. araotz-"llano frío"): Arahos (Lérida), Aragüés, Arbués, Arbós.

Contienen aran: Valle de Arán (Huesca; nombre pleonástico: "valle del valle"), Aranjuez, Aravalle (Lérida), Valle de Aranjó (Oviedo), Aranda (Zaragoza y Burgos).

Contienen aranz: Aranzueque (Guadalajara), Aranza (Galicia), Aranzo (Burgos), Arancés (Oviedo), Arancil (Toledo).

Contienen muño: Muño (Oviedo), Las Muñecas (León), Muñeca (Soria y Palencia).

(Hay que notar, por lo que concierne a los nombres que contienen berri, gorri, otz, y los sufijos -toi, -oi, que el hecho de presentar ellos en territorio español las mismas modificaciones de las palabras latinas, es decir, ě > ie, ŏ > ue, mientras no presentan las mismas características en territorio catalán, indica que deben ser muy antiguos: anteriores a los siglos VI-VIII.)

Varicos otros topónimos hispánicos pueden explicarse por el vascuence; así Arriaca, antiguo nombre de Guadalajara (vasc. arriaga- "pedregal, sitio pedregoso; obsérvese que también el actual nombre árabe significa "valle de las piedras"); Salduba (cf. zaldi - "caballo", o saldc - "rebaño"), antiguo nombre de Zaragoza (<Caesaraugusta); o los varios topónimos de las zonas quitadas al vascuence por el castellano (sur de Álava, NO. de la Rioja, Bureba): Ochanduri, Herramelluri, Cihuri, Ezquerria, Urquiza, Zalduendo, Urrez; y, naturalmente, los topónimos vascuences constituyen la absoluta mayoría de las zonas todavía vascas (Álava, Guipúzcoa, Navarra). En las mismas zonas vascas hay, sin embargo, varias localidades que tienen dos nombres, uno latino o romañce y el otro vasco (nombres que a veces se traducen mutuamente): Pamplona ("Ciudad de Pompeyo")-Iruña (vasc. "ciudad buena"), Burguete-Auritze, Valcarlos-Lusaide, Bonloc-Lecuine, Roncesvalles-Orreaga ("encinar, lugar de encinas"), Villanueva-Iriberry.

Ahora, ¿qué deducciones pueden hacerse sobre la base de la toponimia? Es evidente que el número y la difusión por la Península de topónimos explicables por el vascuence - aún no excluyendo la posibilidad de préstamos más o menos antiguos o eventuales colonizaciones esporádicas de vascos, en época romana, germánica o árabe - imponen necesariamente la conclusión de que una lengua pariente del vascuence o semejante al mismo (o, por lo menos una lengua en que se encontraban palabras que hoy se encuentran en vasco y se empleaban de manera análoga) debía hablarse antiguamente en la mayor parte de Hispania. Y, en cierto sentido - por lo menos en el cuadro de un estudio puramente lingüístico-, ni siquiera importa mucho establecer si el vasco es o no la continuación de esa lengua: lo importante es que ciertas líneas isoglosas que hoy abarcan sólo la zona vascuence abarcaban antiguamente un territorio mucho más amplio (es decir que el vasco continúa una serie de las isoglosas que constituían aquella desconocida lengua antigua), lo cual nos permite suponer que en una situación análoga a la de

los topónimos pueden encontrarse varias otras isoglosas de las que abarcan hoy conjuntamente el vasco y el español.

Por otro lado, la misma toponimia nos indica que en el Suroeste de la Península (en particular, en Bética y Lusitania) se hablaban lenguas de un tipo diferente, o que no presentaban análogas isoglosas comunes con el vascuence, pues, en efecto, en esas regiones encontramos toda una serie de importantes topónimos que no pueden explicarse por el vasco y que, además, son de un tipo netamente distinto: Baetis, Baetulo, Olisipo (Ulisipo), Hispalis, Scallabis, Saetabis. Pero también cerca de la zona vasca, en la actual Cataluña, encontramos un topónimo que podría resultar muy significativo por lo que concierne a la antigua variedad étnica peninsular; se trata de Ilerda (act. Lérida), nombre que, interpretado por el vascuence, (il-erda), significaría "ciudad extranjera" (cf. vascuence erdera - "lengua extranjera", opuesto a euskera - "lengua nacional"): si admitimos que la lengua "parecida al vascuence" que se hablaba en gran parte de la Península era el ibérico, debemos concluir que Ilerda no era una ciudad ibérica, pues el pueblo que hablaba esa lengua la consideraba como "extranjera"; si, en cambio, aceptamos la tradición, según la cual esa ciudad era ibérica, debemos concluir que la antigua lengua "parecida al vasco" no era el ibérico, dado que el pueblo que la hablaba consideraba a los iberos como "extranjeros". Pero, en realidad, dado que el término "ibérico" no designa una realidad histórica bien definida, se trata más bien de nombres que de conceptos. Y los conceptos, por lo menos según la toponimia, quedan establecidos como se ha visto: una lengua parecida al vasco que se hablaba en la mayor parte de Península (o "lenguas parecidas al vasco"), y una o más lenguas distintas del vasco, particularmente en el Suroeste.

o-o-o

Nos queda por considerar el influjo ejercido por ese subs-

trato prerromano sobre el latín de Hispania y sus efectos por lo que concierne a la formación y desarrollo de los romances ibéricos, y en particular del español. Según algunos autores, ese influjo sería tan profundo que determinaría y caracterizaría la individualidad del español (cf. las palabras de Amado Alonso acerca de la "mentalidad ibérica" que había presidido la formación del castellano). Otros, en cambio, lo consideran sólo como una determinación exterior y le atribuyen solamente unos pocos fenómenos; y hasta para éstos últimos se proponen también soluciones anti-substratistas.

Se pueden observar, en primer lugar, una serie de analogías de carácter general entre el español y el vasco. Así W. J. Entwistle (que no es, sin embargo, un "substratista" convencido) señala que ambas lenguas evitan la negación y prefieren a la abstracción lo positivo y concreto; que ambas son lenguas imaginativas, pero que los objetos de la imaginación que ellas reflejan son más bien cosas que ideas; que ambas revelan un gran refinamiento por lo que concierne a las circunstancias de la acción verbal, refinamiento que se manifiesta en el gran número de tiempos; que ambas demuestran preferencia por una sola voz verbal (la pasiva, en vasco; la activa, en español); que ambas presentan una notable riqueza de verbos auxiliares, entre los cuales las diferencias son más bien sentidas e intuitivas que lógicamente determinadas. Pero las observaciones de ese tipo se refieren más bien a hechos de etno-psicología reflejados en la lengua que a hechos puramente lingüísticos y lingüísticamente relacionados y las analogías señaladas indican más bien una comunidad cultural que una interdependencia idiomática; son semejanzas más bien estilísticas que gramaticales. En general las comparaciones basadas en "la mentalidad que se refleja en la lenguas" aparecen más bien arriesgadas, pues la lengua no es sólo reflejo inmediato de una "mentalidad étnica" (otro concepto más bien ambiguo y oscuro), sino también costumbre y tradición. Así, por ejemplo, el vocabulario húngaro actual es

en buena parte indoeuropeo (eslavo, germánico, latino) y la sintaxis húngara se acerca cada vez más a la de las lenguas de cultura de Europa, pero, a pesar de eso, el sistema lingüístico húngaro queda profundamente distinto de los indoeuropeos y refleja una mentalidad, una primitiva visión del mundo, bien diferente; por otra parte, el sistema húngaro presenta grandes analogías estructurales, por ej., con el sistema guaraní: sin embargo, sería muy difícil deducir de ello una semejanza actual de mentalidad entre húngaros y guaraníes y más difícil todavía -si no absurdo - tratar de relacionar históricamente los dos sistemas.

El asunto de la "mentalidad ibérica" del español hay que tomarlo "cum grano salis". En el aspecto del cual, según nosotros, se puede decir efectivamente que refleja una mentalidad (si no actual, por lo menos primitiva), y que es el constituido por el sistema gramatical (y en particular por el sistema morfológico) conjuntamente con el sistema lexical, en el aspecto realmente "interior" significativo, casi no hay analogía posible entre el vascuence y el español. El sistema español es perfectamente latino en todas sus partes y análogo a los demás sistemas neolatinos: no hay en español nada que recuerde la declinación vasca o que se parezca a la concepción pasiva del verbo que nos presenta el vascuence, nada análogo al sujeto-paciente o a la incorporación de los complementos en el verbo; y si entre el léxico español y el vascuence (incluyendo en el léxico también los sintagmas fijos) puede observarse hoy una notable analogía, ésta no se debe a influjo del vasco sobre el español sino, al contrario, a la latinización del vasco. A esta misma latinización podrían, quizás, atribuirse buena parte de las analogías estilísticas entre los dos idiomas. Si es que el substrato "vasco-ibérico" y el adstrato vasco han contribuido de alguna manera al desarrollo del "plano de contenido" del ^{sistema} semanto-gramatical del español, sólo pueden haber actuado como frenos y factores orientadores y no como factores determinantes.